



Seix Barral

Yasunari Kawabata

Bailarinas

Prólogo de Malena Higashi





Seix Barral

Yasunari Kawabata

Bailarinas

Traducción de Amalia Sato y Mami Goda

Prólogo de Malena Higashi

EL FOSO DEL PALACIO IMPERIAL

En Tokio, el sol se ponía a las cuatro y media a mediados de noviembre.

El taxi se detuvo con un chirrido y echando humo, llevaba colgados en la parte trasera atados de carbón y leña y un balde viejo abollado. El toque de una bocina hizo girar la cabeza a Namiko y, temerosa, se acurrucó sobre Takehara. Para esconder la cara, levantó las manos sobre el pecho. A él le sorprendió el temblor de las puntas de los dedos.

—¿A qué le temes?

—Nos va a encontrar. Creo que nos va a encontrar.

—¡Ah!

Comprendió y la observó. Iban en dirección al parque frente al Palacio Imperial, atravesando un cruce de avenidas, congestionado por el tránsito, en su momento más complicado. Dos o tres coches habían quedado detenidos atrás y otros pasaban a los costados.

El automóvil que los seguía retrocedió e iluminó con sus focos el interior, haciendo refulgir la joya que Namiko había prendido sobre su pecho. Era un broche que figuraba un racimo de uvas con zarcillos plateados y hojas de

una piedra azul opaco, con sus bayas de diamante, y lucía sobre el lado izquierdo de su trajecito negro. También llevaba un collar que hacía juego con los aros de perlas. Pero estas quedaban escondidas entre el cabello, y también las del collar se diluían sobre la blusa de encaje, que más que blanca era de un delicado color nácar. El efecto de esta tela suave y distinguida, con sus pliegues que adquirían volumen, le daba un realce adecuado a su edad, así como el cuello un poco levantado, con un efecto de suaves olas. Y el brillo de la joya en medio de la luz tenue acentuaba la tensión de sus advertencias a Takehara.

—Dices que nos encontrarán, pero ¿aquí, quién, quiénes?

—Yagi y Takao, sobre todo Takao, que es muy apegado al padre y que me vigila.

—¿No está en Kioto tu marido?

—No lo sé. Y no sé cuándo regresa —dijo Namiko sacudiendo la cabeza—. Me obligaste a subir a este taxi. Siempre lo mismo.

El auto arrancó con un ruido perturbador.

—Se movió —balbuceó Namiko.

El guardia de tránsito había estado observando ese taxi detenido en medio del cruce, pero no se acercó a indagar, seguramente porque habían estado allí por poco tiempo.

Namiko apoyó la mano izquierda contra su mejilla para dominar el miedo.

—¿Me recriminas por haberte hecho subir a este taxi? —le contestó Takehara—. Estabas muy nerviosa al salir de la Sala Municipal y te escabullías en medio de la gente.

—Si fue así, no me di cuenta. —Y bajó la cabeza—. Cuando salí de casa, decidí colocarme los dos anillos.

—¿Los anillos?

—Porque para mi marido son tesoros, y si me encontrara con él, los tendría, y así vería que durante su ausencia también los uso, lo cual lo tranquilizaría.

Dijo esto y otra vez el taxi se detuvo rebufando. El chofer se bajó.

Takehara fijó la vista en los anillos y le preguntó:

—¿Te los pusiste por si te encuentra tu marido?

—No con ese solo propósito, pero por las dudas.

—Me sorprendes.

Pero ella ya parecía ajena a sus palabras.

—No me gusta este auto. ... Algo va a pasar. Tengo miedo.

—Está lanzando mucho humo. —Y mirando por la luneta él siguió—: Parece que va a abrir la tapa para reavivar el fuego.

—Es un coche infernal. Bajémonos y caminemos.

—De acuerdo.

Takehara abrió la puerta con esfuerzo. Estaban sobre el foso que conecta el parque con el Palacio Imperial. Se acercó al chofer sin dejar de mirar a Namiko.

—¿Tienen prisa?

—No, está bien.

Con una vara de hierro, el chofer avivaba el fuego.

Evitando la mirada de la gente, ella clavaba la vista en el agua del foso. Al aproximarse Takehara, le dijo:

—Creo que esta noche Shinako estará sola en casa. Es una niña que cuando tardo en regresar me pregunta qué hice, dónde estuve, con lágrimas en los ojos y preocupada, pero sin vigilarme como su hermano Takao.

—Me sorprendió tu prevención con las joyas, pues han sido tuyas desde siempre, así como lo es tu vida hogareña, que llevas adelante con esfuerzo.

—Sí, aunque me siento una inútil.

—¡Qué charla tonta! —Y Takehara miró a la desanimada Namiko—. No entiendo los sentimientos de tu marido.

—Es la manera de la familia Yagi. Hábitos que han sido así desde nuestra boda, sin cambiar ni un día. Algo que bien sabes desde hace tiempo —siguió ella—. Tal vez viene de antes, de la generación de mi suegra... que enviudó muy joven y crio sola a su hijo durante toda su escolaridad.

—No veo la relación. La vida anterior a la guerra no demandaba un esfuerzo, había dinero tuyo, y tu marido conoció ese bienestar.

—Lo sé, pero cada uno porta su tristeza. Así dice él. Cuando la tristeza pesa, terminamos aceptando las cosas incomprensibles que reconocemos inevitables.

—Qué tontería. No comprendo el origen de su tristeza.

—Japón perdió la guerra y la belleza de su corazón se arruinó. Él es un fantasma del antiguo Japón.

—¿Así lo ves? Sabe de tus esfuerzos en el hogar, pero finge no reconocerlos por sus perturbaciones fantasmales.

—Ni me ve. Cada vez se preocupa por menos cosas, por eso vigila mis actos y se queja por los pequeños gastos. Temo que se suicide cuando perdamos todo.

Takehara tuvo un escalofrío.

—Por eso saliste con los dos anillos puestos. Tu marido es más que un fantasma. Estás atrapada. Pero ¿cómo

ve el apegado Takao las cobardes actitudes de su padre? Ya no es un niño.

—Parece preocupado. Creo que me tiene compasión. Me ve trabajar y dice que quiere dejar de estudiar para ayudarme. Es un hijo que siempre respetó a su padre académico, pero ahora empezó a desconfiar. ¿Qué será de él? Aunque mejor no seguir con este asunto aquí.

—Sí. Prefiero escucharte más tranquilo en otro momento. Lo que no soporto es que le temas.

—A veces me asalta la angustia. Como a un epiléptico, o a una histérica, su ataque.

—¿De veras? —dijo Takehara, dudando.

—Así es. Y todo por culpa de que se detuvo el taxi. Listo. Se acabó —dijo Namiko alzando la cara—. Es un bello atardecer.

Las perlas de su collar reflejaban el color del cielo.

Por dos o tres días, las mañanas habían sido despejadas y las tardes, levemente nubladas. Con nubes realmente tenues que al oeste se fundían con la neblina, a la cual teñían de un color suave. Este cielo del atardecer colgaba como quemándose, pero en su interior ya se infiltraba la frescura nocturna del otoño. Del mismo modo, se manifestaba su color rojizo, con zonas más oscuras y otras más claras, y algunas púrpuras; otros colores también se mezclaban y parecían chorrear, pero pronto se diluían. En el fondo del bosque del Palacio Imperial, una franja delgada de cielo azul se mantenía, sin el reflejo de ningún color del atardecer, marcando un claro corte entre el bosque fundido en negro y el cielo rojizo. Un fino cielo azul, lejano, tranquilo, puro y triste.

—Qué bello atardecer —dijo Takehara, haciendo eco a las palabras de Namiko.

Le preocupaba ella y solo veía de un modo objetivo esa puesta de sol. Ella seguía contemplativa.

—A partir de ahora y hasta que llegue el invierno, se intensificarán los atardeceres. ¿No te recuerdan los de la infancia?

—Sí.

—Cuando pequeña me reprendían, pues me decían que me pescaría un resfriado por observarlos en el frío del invierno. Tal vez los contemplo también por influencia de mi marido. —Y se volvió hacia Takehara—. Percibí algo raro. Recién, antes de entrar a la Sala Municipal, había cuatro o cinco ginkgos, y también en la salida del parque. Los mismos árboles en fila, pero con una intensidad en el amarillo que variaba de uno en otro. Algunos con copas tupidas, otros casi sin hojas. ¿Cada uno con su destino?

Takehara la escuchaba en silencio.

—Y justo se detuvo el taxi boqueando, cuando yo pensaba vagamente en la fatalidad de los ginkgos. Me sobresalté y sentí miedo. —Namiko observó el auto—. Parece que no lo puede componer. Vayamos a otro lugar, que aquí nos observan.

Mientras Takehara le avisaba al chofer y le pagaba, vio al girar la cabeza que ya ella había cruzado la calle. De espaldas, su silueta transmitía luz y juventud.

Delante del Foso Imperial, en lo alto de la torre de control de MacArthur, ondeaban la bandera estadounidense y la de las Naciones Unidas, pero no en ese momento, en que ya las habían arriado. Y el cielo hacia el este no

se veía ya rojo, sino cubierto por nubes ligeras y dispersas. Conociendo su temperamento voluble, al ver su silueta decidida, supuso que ya se le habría pasado la angustia.

Cuando la alcanzó, le dijo:

—¿Cómo lograste cruzar tan ágilmente entre los autos que circulaban? ¿Quizá por tu adecuado ritmo de respiración de bailarina?

—¿Te burlas de mí? —Y como insegura—: Yo también puedo burlarme.

—¿Cómo?

Namiko bajó la cabeza y permaneció así.

La blanca pared del frente de la torre se reflejaba en el foso y también las luces de sus ventanas. Pero la forma blanca estaba a punto de borrarse y solo persistían estas últimas.

—¿Eres feliz? —musitó Namiko.

Takehara se volvió, callado. Ella se sonrojó y dijo:

—Ya no me lo preguntas, cuando antes lo hacías con frecuencia.

—Sí, hace veinte años.

—Y como desde hace tanto no me lo preguntas, lo hago yo.

—¿Y así te burlas de mí? —Takehara rio—. Sin necesidad de preguntártelo, ahora lo sé.

—¿Y antes no te dabas cuenta?

—Te lo preguntaba sabiendo cómo te sentías. Nadie le pregunta eso a alguien feliz. —Y al decir esto, Takehara empezó a caminar hacia el Palacio Imperial—. Pensaba que tu matrimonio era un error, y por eso antes y después insistía con mi pregunta.

Namiko asintió.

—¿Cuándo lo supe? Cinco años después de tu boda, cuando vino una bailarina española. De casualidad nos encontramos en la Sala Municipal de Hibiya. Estabas sentada en la segunda platea de invitados, en una de las filas de adelante, con tus compañeras de danza y tu marido. Yo me escondía en mi asiento bien atrás. En un momento dado, me viste y subiste a sentarte a mi lado. Y no te moviste de allí. Te decía que no quedaba bien abandonar a tu marido y a tus amigas y te pedí que regresaras con ellos, pero quisiste quedarte junto a mí, callada y tranquila... y así estuviste durante dos horas hasta el final.

—Así fue.

—Me sorprendí. Aunque tu marido se volvía a mirarnos, no te retirabas. Realmente, yo no sabía qué hacer.

Namiko se detuvo para quedar un paso atrás.

Takehara vio un cartel en la entrada del parque frente al Palacio Imperial: ESTE ESPACIO NOS PERTENECE A TODOS. CUIDÉMOSLO...

—Así que decidieron transformar el lugar y aquí también hay un parque... —dijo mientras leía el cartel de la Oficina de Espacios Públicos del Ministerio de Salud y Bienestar.

Namiko miraba a lo lejos.

—Durante la guerra, mis hijos, Takao y Shinako, eran estudiantes del secundario y solían venir aquí para colaborar con el cuidado del parque, cargando tierra o quitando malezas. Cuando manifestaban su deseo de venir al Castillo Imperial, mi marido restregaba bien sus cuerpos para que partieran puros de casa.

—No me sorprende que tu marido fuera así en ese entonces. Lo que era el Castillo Imperial cambió su nombre a Palacio Imperial.

El cielo rojo iba perdiendo intensidad y aumentaban los tonos grises. Hacia el este, persistía la claridad del día. Pero la delgada franja azul que trazaba una línea sobre el bosque no desaparecía, sino que absorbía el color cobre y lo profundizaba. Tres o cuatro pinos atravesaban con su altura este cielo estrecho y alcanzaban los restos del atardecer con sus contornos nítidamente trazados.

Mientras caminaba, ella observó:

—Qué pronto oscurece. Al abandonar el parque, la torre del Parlamento todavía se veía rosa.

Ya al Parlamento lo envolvía la oscuridad, y en su techo parpadeaba una luz roja. A su derecha, también la torre de control aéreo y la de control general tenían las suyas encendidas. A través de los pinos del foso, las ventanas iluminadas de las torres de control y, debajo de los árboles, las desdibujadas siluetas de varias parejas.

Namiko detuvo sus pasos como reflexionando. También Takehara observaba ese teatro de sombras de enamorados.

—Es triste. Tomemos el otro camino —propuso ella, y regresaron.

Al ver esas siluetas, se dieron cuenta de que también ellos parecían amantes.

El taxi se había descompuesto cuando él la acompañaba a la estación de Tokio, y ahora estaban caminando. Desde el principio, con la llamada de Namiko para ir al concierto en el Sala Municipal de Hibiya, el suyo era un

encuentro de amantes. Pero ya ambos tenían más de cuarenta años.

Conversar sobre el pasado era para ellos hablar del amor. Las consultas de Namiko sobre su vida se oían como confesiones de su amor. Tanto tiempo había pasado para convertirse en vínculo y abismo.

—No sabías cómo actuar, pero... —retomó Namiko la conversación.

—Sí, era joven y no sabía cómo juzgar tus sentimientos. Era osado que siguieras sentada a mi lado y abandonar a tu marido. Entendí que te atrevías a algo así porque ya desde antes sorprendías a todos revelando emociones indomables. Y no me equivocaba. Hablabas de tu angustia, pero entonces y ahora es el mismo paroxismo. Entonces, ¿qué diferencia hay entre la persona que ignoraba a su marido en aquel momento y la que ahora le teme aunque esté en Kioto? —dijo Takehara—. En aquel momento, podría haberte sacado de la sala de concierto y escapado contigo. No estaba casado entonces.

—Pero yo ya tenía hijos.

—Tal vez por error, me cautivó tu felicidad. Era joven y creía que una mujer casada solo podía lograr su dicha dentro del matrimonio...

—Ahora es lo mismo.

—Sí pero no —dijo él con suavidad y luego con firmeza—. Si dejaste el asiento al lado de tu marido y te acercaste a mí, fue porque tu matrimonio era feliz y pacífico y te habilitaba a actuar así. La confianza en tu marido y tu tranquilidad te permitían esos caprichos sentimentales. Lo comprendí y supe que yo te provocaba nostalgia. No me sentía culpable por que lo abandonar a, pero aun

así, al tenerte allí callada a mi lado, no me animaba ni a mirarte de costado. No sabía cómo actuar.

Namiko estaba en silencio.

—Me desconcerté con la prestancia de tu marido. Nadie imaginaría a una esposa infeliz con un hombre tan guapo y generoso. Dicen todavía que la desdicha de las mujeres es culpa de los maridos. Hace dos o tres años, alquilaba el anexo de tu casa, y no tenías con qué pagar la luz, y al darte el sobre con mi sueldo lloraste al verlo intacto... y me confesaste que jamás habías visto el sobre de tu marido desde que se casaron... me sorprendí, pues hasta entonces atribuía a tu mal manejo del dinero lo que sucedía y juzgaba que él era un tipo espléndido. Por cierto que juntos llamarían la atención de la gente que los viera pasar, pero, si bien sabía que tu matrimonio era un error, preguntarte si eras feliz era como poner en duda lo evidente, y que no me respondieras me resultaba normal.

—Tampoco me respondes tú ahora.

—¿Yo?

—Sí, te lo acabo de preguntar.

—Es un tema mediocre.

—¿El matrimonio es algo mediocre? No. Todos tienen algo de extraordinario.

—Pero yo no soy alguien extraordinario como tu marido —dijo él para eludir la conversación.

—Veo a personas extraordinarias, cuyos matrimonios no lo son. Y a mediocres, con matrimonios excepcionales.

—Sí, claro.

—Otra vez repetiste esa muletilla para responderme. ¿No temes parecer un anciano que se burla de los otros?

Namiko levantó las cejas e indagó en el rostro de Takehara.

—Termino siendo yo la que cuenta sobre sus asuntos familiares —dijo, prestándose a ser la burlada. Deseaba, a pesar de su inseguridad, indagar en las cuestiones familiares de él, pero no conseguía avanzar—. Todavía lanza humo y no se mueve —agregó riéndose.

La luna iluminó el parque Hibiya, con su forma de arco sin inclinarse hacia ningún lado, bien plantada entre las nubes. Llegaron al foso y se detuvieron a mirar las luces de las ventanas del frente de la torre de control, que se reflejaban en el agua y flotaban con sus formas alargadas; les prestaban sus sombras difusas la hilera de sauces llorones de la orilla derecha y las rocas de la izquierda, así como los pinos.

—El 25 o 26 de septiembre fue la luna llena de mediados de otoño —dijo Namiko—. En el diario publicaron una foto de este lugar con la luna sobre la torre, con estos mismos reflejos de luces, siluetas y sombra de luz lunar.

—¿Percibiste tantos detalles en esa foto?

—Sí, parecía una tarjeta postal, me quedó grabada. Aparecían también las piedras del castillo y los pinos. Imagino que colocaron la cámara entre estos sauces.

Takehara sintió el otoñal aire nocturno y, retomando su paso e invitándola también a ella, murmuró:

—¿A tus hijos les hablas de estas cosas? Los vas a volver débiles.

—¿Débiles? ¿Acaso lo soy yo?

—Shinako sobre el escenario es fuerte, pero tendrá problemas si empieza a parecerse a ti.

Cruzaron el foso y doblaron a la izquierda. Un grupo de guardias venía caminando desde el lado de Hibiya. Solo brillaban las hebillas metálicas de sus cinturones. Ella, como evitándolos, se acercó a Takehara y buscó protección en sus brazos.

—Por eso quiero que la protejas y seas su fuerza.

—Más por ti que por tu hija.

—Ya hace tiempo que venía suplicando por tu fortaleza y varias otras cosas. Fue gracias a ti que pude tener mi propia escuela... y si proteges a Shinako ahora, también me estarás protegiendo a mí.

Namiko caminaba apartándose de la fila de guardias, siguiendo la orilla con plátanos. Las pequeñas hojas no caían todavía de ese lado, pero sí aquellas de la hilera que se sucedía a lo largo de las vías del tren, y las ramas estaban desnudas. Tal vez la sombra de los árboles del parque favorecía esto, si bien se mezclaban con algunos ejemplares con hojas aún verdes, otros ya las habían perdido.

Takehara recordó lo que ella había dicho antes: «Cada uno con su destino...».

—De no haber sido por la guerra, mi hija estaría bailando en alguna escuela de Inglaterra o Francia, y yo estaría acompañándola. Pero, en cambio, está desperdiciando sus años de aprendizaje y eso es algo que no se recupera.

—Pero es joven y tiene futuro... ¿Así que planeabas escapar?

—¿Cómo?

—Escapar de tu matrimonio, separarte de Yagi y huir al extranjero...

—¿Te parece? Solo pensaba en mi hija y estaba dispuesta a vivir por ella... también ahora.

—Ampararse en los hijos, esa es la manera materna de huir.

—¿Lo crees? En mi caso es algo más serio. Algo cercano a la locura. Que mi hija sea bailarina es mi sueño incumplido... Yo soy Shinako. ¿Seré yo la que se sacrifica o es ella la que me sacrifica? Esto nos confunde por momentos. Pero no importa. Si me entrego a indagar estas cosas, el límite de nuestra potencia se visibiliza, y eso no me sirve. —Y bajó la cabeza—. Mira, allí hay un pez carpa blanco —exclamó y se asomó sobre el foso, apartando las ramas de los sauces que le caían sobre el rostro y los hombros.

Estaban en el cruce de Hibiya, donde el foso hace una curva. En ese rincón, el quieto pez carpa blanco no flotaba ni se hundía, se mantenía simplemente bajo la superficie. La basura se acumulaba en ese recodo y el fondo se elevaba con un manto de hojas muertas, también de los plátanos, fijo, simplemente allí bajo el agua, tal como la carpa. Hojas que se desprendieron con la sacudida de Namiko cayeron al agua amarillenta. También él se inclinó para ver el pez iluminado por las luces de la torre de control, pero enseguida retrocedió y observó detenidamente la silueta de espaldas de Namiko. Su falda negra se estrechaba abajo, marcando sus caderas y sus piernas. Era la forma que había agitado su corazón cuando la vio bailar, adolescente. Una forma que no había cambiado. Casi no soportaba verla, esa silueta que se inclinaba a mirar la carpa en el foso nocturno.

—¿Hasta cuándo vas a seguir observándola? —dijo con tono rudo—. ¡Basta! No es correcto que tus ojos se entreguen a eso.

—¿Por qué? —Y ella se volvió y retornó a la vereda, pasando entre las ramas de los sauces.

—Nadie se fija en ese pez que llama tu atención.

—Pero a pesar de eso sigue allí.

—Eres así, capaz de encontrar a un pez solitario.

—¿No te extraña que permanezca inmóvil en ese rincón de un foso tan amplio, en un lugar tan concurrido? Nadie lo ve y, si llegara a contarle, dirían que miento.

—Alguien que presta atención a algo así tiene problemas... Quizás el pez vino a que lo vieras. Solitario y compasivo hacia quienes padecen su mismo mal.

—Y allá, en medio del foso, mira el cartel que reza:
AMAMOS A LOS PECES.

—Cierto. ¿Y no habrá otro que diga: «Y también a Namiko»? —le respondió jocoso y fingiendo buscar tal cartel.

—Allá lo veo, ¿y tú? —chanceó ella.

Un ómnibus del servicio militar norteamericano se detuvo y subió una pareja. Los modernos autos estadounidenses que estaban estacionados en fila iban partiendo uno tras otro.

—En semejante sitio y mirando a un pobre pez. Sí que eres rara —dijo él—. Suprime ese modo de ser.

—Por el bien de mi hija.

—Y por ti también.

Namiko hizo silencio y luego dijo con calma:

—No solo por Shinako. He decidido poner en venta la casita anexa que te alquilábamos. Me parece correcto informarte.

—¿Quieres que la compre? Creo que les convendría, en caso de que también quieran vender la casa principal.

—Vaya. ¿Cómo se te ocurre semejante idea?

—Perdón —se disculpó él—. Me anticipé.

—Pero ya lo has dicho. En algún momento también nos desprenderemos de la casa principal.

—Cuando eso suceda, el comprador querrá conocer al ocupante de la casita anexa. Si se escuchan voces y ruidos, les costará vender la mansión. Si, en cambio, soy yo quien la haya comprado, podré ofrecerla al interesado que aparezca deseoso de adquirir la casa grande.

—Cierto.

—Pero ¿por qué antes que el anexo no venden primero el terreno en ruinas de Yotsuya Mitsuke? Solo quedan los muros y está lleno de maleza.

—Es que allí deseo construir la escuela de danza de Shinako...

Takehara estuvo a punto de disuadirla, de convencerla de que sería imposible.

—No necesariamente debe ser allí. Hay lugares mejores.

—Sin duda, pero en ese sitio se aloja nuestro sueño para la danza. Allí, desde mi juventud y desde la infancia de Shinako, habita el espíritu de la danza. Allí proyectamos nuestras visiones. No puedo dejarlo en manos ajenas.

—Bueno, pues abandonen la idea de vender solo la casita anexa y vendan toda la propiedad de Kitakamakura, de modo que puedan construir la escuela en Yotsuya Mitsuke. Es algo viable. Y si mi trabajo sigue como hasta ahora, me será posible ayudar.

—Mi marido no aceptará tal cosa.

—La decisión es tuya, sé firme o nunca tendrás la escuela. Creo que es el momento. Vivir como un retoño de bambú no te llevará a nada. Ahora es oportuno construir

una escuela importante, pues he oído que las buenas no abundan. Puedes contratar a otros profesionales y beneficiar con todo esto a tu hija.

—No me autorizará —dijo desanimada—. Si se lo cuento, mi marido fingirá reflexionar, y yo, que lo juzgaba realmente alguien pensante..., pero solo simulará estar de acuerdo, mostrarse razonable, en tanto gana tiempo para hacer sus cálculos.

—¿Será posible?

—Así será...

Takehara la miró y ella le devolvió la mirada.

—Pero también tú ya me resultas extraño. Te consulto y de inmediato criticas sin meditarlo.

—Porque tal vez no hago cálculos contigo o porque me convertí en alguien vulgar.

Namiko no dejaba de mirarlo.

—Y si compras la casita anexa, ¿qué destino le darías?

—¿Qué haría? —Y bromeando—: Como tu marido me echó de allí, si la compro, me voy a instalar para vengarme. Pero dudo que me la venda.

—Toqueteando su ábaco, es capaz de hacerlo.

—Eso es algo de lo que no se ocupa. Desde el principio, esa ha sido tu tarea.

—Verdad.

—Pero quién dice que no acepte. Es un hombre que sabe ocultar sus celos... De no vendérmela, se revelarían, y eso lo perturbaría. Ignoro si entre ustedes existen celos o no, pero saben disimularlos, y eso sorprende a los extraños. Hay como una calma previa a la tormenta...

Namiko no decía palabra, pero una llama fría se agitaba en lo más profundo de su corazón.

—Expresé mi deseo de comprar la casita sin cálculos, pero confieso que me divertiría aparecer por allí cada tanto y alterar la visión de tu marido. Y dejar en evidencia su carácter autoritario, aunque seguramente te haría sufrir y no me sentiría muy tranquilo cerca de ustedes.

—No importa donde estés, mi sufrimiento no se modificará.

—Por mi culpa.

—En parte, y también por otras cosas. Con este asunto de vender la casa y levantar la escuela de danza ayudo a mi hija, pero Takao, que se parece cada vez más a su padre, lo cual es comprensible e inevitable, queda a la sombra de su hermana mayor.

—Puede ser, y debes tener cuidado.

—Además, Numata, el representante, intriga para que nosotros cuatro nos distanciamos. Incluso mi hija y yo... Busca separarnos y manejar me como a un títere para aprovecharse de ella.

AMEMOS A LOS PECES, decía el cartel entre los sauces de la orilla. Las siluetas de los pinos de la orilla opuesta y de los sauces cercanos se reflejaban en el agua del foso, iluminada por la luz de las ventanas de la torre de control, que también llegaba a las piedras de la orilla opuesta. Allí titilaba el cigarrillo encendido de algún galán.

—Qué miedo. ¿No estaría mi marido en ese auto que acaba de pasar? —Y, otra vez, Namiko encogió los hombros.